

Una consideración final. Al intelectual incumbe una tarea muy especial: evitar que las tendencias regionalistas y localistas, muy propensas a planteamientos emocionales y supersticiosos, impidan las miras universalistas y la solidaridad con otros contextos sociales. El nacionalismo olvida que «una cosa es ser particular y otra predicar el particularismo»⁷. Aplicado a nuestros problemas: hay que ser extremeño, pero no extremeñista.

Romano GARCÍA
Universidad de Extremadura

La conciencia del escritor en un proyecto de modernización

Se ha creído siempre que la única manera que un escritor tiene de alimentar a su pueblo hacia una esperanza de futuro, es sirviéndose de una lengua autóctona, diferente a la del «Imperio» con la que poder pensar y expresarse de manera distinta a como piensa y se expresa el Estado Todopoderoso. Como quiera que el pueblo extremeño no tiene ese vehículo propio, es fácil deducir que jamás aquí en Extremadura el creador va a tener ese sentido de inmanencia trascendente que tuvo en otros lugares —Cataluña, Euskadi, Galicia—, en los que siempre se le ha considerado más casta que individuo, más rabino que literato, más profeta que escritor. Si bien esta concepción romántica de la Literatura está hoy desfasada, no por eso hemos de dejar de lamentar la falta de una literatura extremeña como elemento configurador de ideologías regeneracionistas, con las que hubieran podido segregarse mitologías, auténticamente autonomistas. Este elemento, hoy más que nunca, operaría sobre la conciencia de los extremeños como un germen de alivio frente al discurso manipulador del político. Pero para que el discurso creativo fuese operativo ante el discurso manipulador del político, el escritor debiera estar dispuesto a abandonar falsos refugios espirituales, desproveerse de túnicas sagradas, y empezar a encontrarse desnudo y a la intemperie, él y su escritura, frente a la tierra que le entorna. No deseo que en esta primera reflexión alguien confunda el concepto de escritura a partir de la realidad social extremeña —que tiene unas implicaciones estéticas determinadas—, con el realismo social. De lo que se trata, es del eterno conflicto entre el lenguaje que se aproxima a la vida y la recrea, y el lenguaje que busca su perfectibilidad expresiva y combinatoria.

Hoy, las necesidades creadas en la situación histórica que el extremeño vive a las puertas del tercer milenio, nos exigen que abandonemos dos características fundamentales de la literatura: su autonomía frente a la realidad, y su aspiración a interpretarla globalmente, para sustituirlas por la relación

⁷ Gramsci, o. c., p. 79.

subsidiaria con otras formas de expresión y por la fragmentación subsiguiente de sus aspiraciones. Puede parecer esto un suicidio, pero es más bien aparente, y en todo caso una perentoria necesidad. Para ello, hoy en Extremadura, el escritor está obligado a entusiasmarse con el momento histórico actual, si es que quiere verdaderamente sentirse vivo, y no adormecido.

No es que creamos que Extremadura antes nunca tuvo otras oportunas coyunturas históricas. Basta echar una mirada hacia atrás para comprobar que también aquí hubo momentos en los que la sociedad estuvo a punto de encontrar su identidad. Sucedió entonces que ningún escritor extremeño arrimó el hombro para que ese encuentro se produjera de una vez para siempre. El escritor prefirió dedicarse a hacer su Obra, lejos y alejado de cualquier compromiso histórico-social. Alguna culpa parece pues que debemos echar a los escritores de que las señas de identidad extremeñas estén todavía por definir. Que no encontremos firma alguna de prestigio literario en publicaciones tan significativas como *El autonomista extremeño*, *Cantón extremeño*, o *Diario de Badajoz*, será por algo. Más tarde daremos las razones por las que jamás los escritores extremeños se acercaron a alentar una política autonomista desde las páginas de los medios de comunicación. Sin embargo, ellos dirán que desde sus torres de marfil sí han sabido recrear a Extremadura literariamente.

Sería injusto no señalar algunos nombres que desde posiciones ideológicas diversas supieron plasmar nuestra realidad. Por ejemplo, mientras Felipe Trigo en su *Jarrapellejos* denuncia este «rincón del mundo, desamparado de justicia» que es Extremadura, Antonio Reyes Huertas, maximalista él, exclamaba en *La sangre de la raza*: «¡Extremadura! Sufrida, noble, laboriosa e hidalga, ella parecía ser la mandataria de las otras regiones en las grandes empresas peninsulares». O el innegable esfuerzo intelectual de Pedro de Lorenzo para dar coherencia a un mundo y alma extremeños, especialmente en su *Extremadura, fantasía heroica*. Incluso aceptamos que narradores como Pedro Caba en su *Lázara la profetisa*, Alfonso Albalá en su trilogía sobre la guerra civil, o José Antonio García Blázquez en su *Señora muerte*, entre otros, además de en muchas páginas de Víctor Chamorro, Muñoz de San Pedro, Gutiérrez Macías, Gabriel y Galán o Delgado Valhondo por ejemplo, afloran vivencias claramente regionalistas. Sin embargo, no es suficiente.

Diversos tratadistas se han ocupado de echar las bases de una historiografía literaria. Nicolás Díez y Pérez en su *Diccionario*, Ricardo Castelo García en sus *Trozos de literatura de autores extremeños*, López Prudencio en *El genio literario de Extremadura*, Rodríguez Moñino en su *Historia de la literatura extremeña*, Ricardo Senabre en *Los problemas históricos del escritor extremeño*, o Manuel Pecellín Lancharro en su *Literatura en Extremadura*, han recopilado los nombres y los hechos importantes de nuestras letras.

Hemos de agradecer que dichas aportaciones no se quedaran en la mera taxonomía o en la vacua retórica propias de los manuales. Releyendo muchas de sus páginas, sentimos ahora la sensación de que sus autores tuvieron la clarividencia suficiente como para denunciar que jamás la labor de nuestros escritores fue lo suficientemente decisiva como para crear en nuestro pueblo esa esperanza de futuro que aquí demandamos. Los testimonios de esos tratadistas, y no los de los creadores, son los que nos alientan a proponer que el escritor extremeño hoy debe dar un paso más y comprometerse con una Extremadura nueva, empezando por problematizar ya, y de una vez, no qué es Extremadura en sus costumbres, ni en su paisaje, ni en su historia, sino en sus conflictos políticos y sociales.

Hay que advertir que ese escritor que hoy se atreva a llevar la concepción místico-nacional de una literatura extremeña hasta las últimas consecuencias, se va a encontrar, en principio, con que nada le va a justificar su trabajo, sino es el trabajo mismo. Y hay que añadir que aunque las fuerzas normalizadoras acaben por producirle una desolación tal que le impulse a retornar a sus esencias, no debe claudicar. La causa de esas fuerzas está en el panorama político poco halagador que no le garantiza una perspectiva que mínimamente le tranquilice. Pero ni siquiera entonces debe optar por hacer abstracción de este panorama y tirar derecho con su actividad literaria.

Para verlo más claro, habremos de echar un vistazo, aunque sólo sea rápido, a las salidas, o a las incógnitas, que nos ofrece el presente político: con el Estatuto, Extremadura entró irremisiblemente en una vida que casi todo el mundo esperaba eficaz para resolver gran parte de los problemas que tenía planteados. Por causas que podemos relacionar con la propia composición sociológica del país extremeño, con la presión centralista y homogeneizadora del Estado, y con la fuerte animadversión que manifiestan entre sí los grandes partidos políticos en Extremadura, que, compartiendo como comparten el mismo camino trazado por la Constitución y el Estatuto se enfrentan, no porque unos opongan más resistencia a la susodicha presión centralista y homogeneizadora que los otros —ya que ninguno de esos partidos tienen vocación autonomista—, sino sólo por la simple lucha por el poder, hacen que el horizonte se difumine, y que la esperanza de una auténtica hegemonía se arrincone en las traseras de nuestra sociedad. Sin lugar a dudas, por este camino no se va a parte alguna. Podríamos pensar que esto lo podría cambiar la voluntad mayoritaria e inequívoca de la sociedad, pero todos sabemos que la nuestra no la posee hoy ni previsiblemente en los próximos diez años. El ejercicio del derecho de autodeterminación, derecho que España no está en condiciones de acotar explícitamente, comportaría un ridículo estrepitoso para los partidarios de la independencia. No es posible engañarse, porque no es posible cerrar los ojos a la realidad, y la realidad nos dice que nuestros

ciudadanos tienen una identidad híbrida, no escindida, sino revuelta, entre Extremadura y España, complementaria y difusa. El porcentaje de extremeños con una identidad plena y exclusiva es mínimo, nunca más allá del tres por ciento. El resto vive con una relativa comodidad su doble pertenencia, con un menor o mayor grado de sentimiento extremeñista, con un menor o mayor grado de sentimiento españolista. Tampoco ante esta perspectiva el escritor debe ceder.

El espacio autonomista no puede ganarse por contagio con ese tres por ciento. La conquista debe hacerse con parámetros que sitúen el papel de la literatura en la sociedad, que no son como ya sabemos de orden mitológico, sino que responden a hechos concretos y mensurables que no suelen tener en principio nada que ver con la calidad literaria ni con las ideologías de los escritores o las ideas que sus textos transmiten. Son parámetros, todos ellos interrelacionados, de orden político, lingüístico-social, comunicacional y, muy en último lugar, casi sin relevancia, de orden propiamente literario. Se trata en definitiva de que la literatura pierda la mayúscula con que la escribimos e imaginamos. Debe perder también el singular con que la denominamos para, en minúscula y en plural, dividirse y encaminarse hacia las puertas de un periódico, de una radio, y de una televisión autonómica, y pedir ocupar el lugar que le pertenece en dichos medios. Para decirlo con pocas palabras y de una manera puede que detonante: ha pasado la época de la Literatura; ahora llega la de las literaturas fragmentarias y subsidiarias, de las literaturas aplicadas, de las literaturas intersticiales, de las literaturas auxiliares. Se ha acabado la época del orgullo literario; llega el tiempo de la purga y la humildad.

Empecemos por un ejemplo ilustrativo. Imaginemos un poema y una letra de canción. ¿Qué diferencia de naturaleza hay entre ellos? ¿Qué diferencia de actitud tiene el escritor? ¿Y de prestigio? ¿Qué papel ocupan en el mundo de hoy? De entrada, el poema es uno de los máximos exponentes de la expresión artística humana. Por sus dimensiones, comienza más allá de las estrellas y acaba más acá de las fuentes insondables del espíritu. Creerlo firmemente, no me impide ver que la letra de la canción, más cerca del detalle, menos significativa, tan inferior para la categoría del arte musical que bordea la artesanía, tiene sin embargo en el vehículo musical una potencial dimensión social de un relieve con el que el poema no puede competir. El poeta está solo delante del abismo del papel en blanco, delante del arte; el letrista ha de tener en cuenta la inmediatez; no ha de aspirar a la eternidad, sino a lo efímero, pero tiene delante los oídos de millares de personas que, al son de una canción, puede percibir un mensaje claramente regenerador.

No quiero decir que se hayan de escribir letras en vez de poemas. Sólo apunto que en el mundo extremeño de hoy una canción autóctona pertene-

cería al dominio público, y la poesía quedaría reclusa en el reino de lo privado, por más que nos pueda parecer injusto o apocalíptico. En esta situación, el engaño consiste en pretender con el poema la dimensión social que no puede tener, y que sí tiene la canción. Vivimos ahora en Extremadura un momento rico en poesía, pero con ella no salvaremos ninguna patria.

Yo defiendo que los poetas extremeños, sin necesidad de abandonar la poesía, deben promover letras de canciones para llegar a todos los habitantes extremeños. Los poetas se han de habituar —nos hemos de habituar— al hecho formal en todo Occidente de que la poesía es un arte íntimo, si acaso de una intimidad compartida a ratos por uno de cada cuatro o cinco mil habitantes, pero íntima. Como la Literatura con mayúscula, el poema sólo puede ocupar un espacio público cuando comporta una fuerte dosis de entretenimiento. Fijémonos en la escasísima difusión mundial de los últimos premios Nobel de Literatura. Son escritores de verdad, pero no forman parte de la *troupe*. Ni entre ellos mismos se leen. Que esto lo diga aquí, no quiere decir que esté de acuerdo con la crueldad del sistema.

Igual sucede con la novela. Novela es un texto de experimentación que pretende abrir nuevos caminos a la literatura, y es también novela la historietita del quiosco más estereotipada y barata. En medio, queda la variedad de un sin fin de matices y de posibilidades, de tendencias, de géneros y subgéneros. En la novela, y sólo en la novela, el escritor todavía se encuentra delante del papel; puede imaginar una historia, construir un mundo autónomo sin depender más que de su arte y aspirar a un público amplio. Como la poesía es el género del genio, la novela es el del talento, y vivimos una época que rehúye el genio y aplaude al talento. Talentos hay pocos, y por consiguiente, pocas novelas. Como bien sabemos, la novela tiene un estatus especial, con un pie en la literatura con mayúscula, aureolada con el prestigio que le pertenece, y con otro pie en la banalidad y la abyección. El escritor extremeño no debe hacer ascos de esos subgéneros. Nuestro pueblo leería con más gusto hoy historietas satíricas sobre el quehacer político y social, que una novela.

Habiendo llegado hasta aquí, vamos a afrontar ahora las razones por las que el escritor extremeño no baja a las literaturas intersticiales, y que son dos. Primera, porque el escritor extremeño todavía se cree que escribir pertenece a un mundo aparte; y segunda, por el miedo que tiene a enfrentarse con alguna corriente —sobre todo si esa corriente o grupo social es el que ocupa el poder—. ¡Cuánta hipocresía encierran quienes bajo la pretendida excusa de escribir Literatura, lo que esconden es el miedo a enfrentarse con una realidad en la que no quieren participar! ¿Cómo demandar entonces que el creador en Extremadura debe colaborar más decididamente en la radio, en el periódico, o en la televisión? Sucede que aquí la opinión política en el

periódico, está en manos de los propios periodistas; igual que la opinión sociológica, la opinión pedagógica, o la opinión regional. Los escritores sólo se asoman a las páginas de los periódicos, al estudio de radio —y alguna vez al de la televisión—, para hablar de Literatura —con mayúscula—. ¿Por qué esto ha sido, y es así? La incorporación de los escritores extremeños a los medios, daría como resultado una sociedad más viva, más sincera. La culpa de que esos medios en Extremadura sean epidérmicos, conformistas y subsidiarios, la tienen los escritores. Lo terrible, es que no se sienten responsables de ocultar la luz bajo el celemin. El día que sus plumas las empleen en bajar a la arena socio-política, Extremadura empezará de verdad a resolver sus problemas.

Angel SÁNCHEZ PASCUAL
Instituto de Bachillerato
«Hernández Pacheco»
Cáceres

Mujer y modernización

Los orígenes de la modernización de la situación de la mujer en la vida política y social actual tuvo su centro en el movimiento reivindicativo por la conquista de sus derechos políticos, centrando su lucha por la conquista del voto, conscientes de que sus consecuencias iban más allá del objetivo inmediato de la democracia política, sino que suponía entrar en un mundo hasta ahora prerrogativa de los hombres y, por tanto, sancionar un papel diferente de la mujer en la sociedad. En España, la repercusión de la lucha sufragista fue casi nula, aunque se concedió el voto a la mujer durante la Segunda República, pues faltaban los factores esenciales que la pusieron en marcha en otros países: —un fuerte desarrollo industrial—, una burguesía media fuerte —y sobre todo, las condiciones socio-económicas y culturales de la mujer española que no podían compararse con la convicción que inglesas y americanas tenían de la necesidad de su actuación política, como culminación de un proceso práctico-intelectual en el que se replantearon cuáles habían de ser sus fines vitales, cuál su situación dentro de la nueva sociedad, puesto que habían llegado a la conclusión de que eran seres autónomos, y en consecuencia debían labrarse su porvenir y conseguir una nueva consideración social por sus valores personales. Para realizar este cambio, la mujer había contado con su base económica y con el desarrollo alcanzado en su educación.

En España, el inicial movimiento feminista perdió un tanto de vista su objetivo primogenio de liberación social de la mujer. Se hicieron llamadas al sexo femenino en función de los elementos que se han venido considerando como «su mundo» (para defender a su marido, sus hijos, su hogar) y no ofreciéndole su propia liberación o su mejora cultural y social. El franquismo monopolizó las funciones de la mujer «ama de casa», mediante una rama del partido único, la Sección Femenina. Hoy, en democracia, las mujeres no sólo tienen derecho de voto, sino que gozan de todas sus ventajas.

El interés por el tema de las mujeres como problema histórico se produce al tiempo que resurge el feminismo en los años 60. Frente al feminismo de